

# MISCELÁNEA O EL LIBRO GEMINIANO

Salvador Luis

© 2006

Relatos

### **Nota del autor**

El siguiente fragmento corresponde a los primeros ocho relatos del conjunto *Miscelánea o el libro geminiano*, publicado originalmente en el año 2006 a través de Ediciones Los Underdogs.

## Cero

Es el año 1937 y Jiro Horikoshi se encuentra frente a su tablero de dibujante. Se asoma una idea, la idea es verde y sutil: un dragón con tres dedos en cada garra.

«Debe ser como un dragón», se dice Jiro Horikoshi, y hace un trazo de izquierda a derecha, y un trazo de derecha a izquierda, y esboza un círculo, y un hocico de perro rabioso.

En un principio las alas del dragón son cortas y celestiales, luego se amplían, se expanden al igual que una katana en un combate a muerte, aletean adjudicándose un ardor en el papel, en ese papel donde Jiro Horikoshi dibuja.

De pronto, el aleteo del dragón se hace incontrolable, ya es solo la furia del monstruo. Jiro Horikoshi suelta el lápiz, tiene dificultad para mantener sus ojos abiertos y se sujeta con fuerza al tablero de dibujo... mientras tanto, sus piernas resbalan, el piso es como la cera, arena movediza –y si la naturaleza lo hubiera provisto de zarpas, las usaría en este momento, como los dragones usan las suyas cuando se aferran a las peñas para cazar la carne que quieren–, el techo se despedaza, maderos y vigas partidas en dos o tres palmos,

los cuadros golpean las paredes que oscilan desvencijadas antes de salirse de la tierra.

Afuera, árboles recargados de objetos ya sin valor: las guirnaldas son sillas de madera, un perchero, tazas de café, libros de dinámica y ecuaciones formuladas: toda la papelería –los diseños secretos que los espías matarían por hallar en una bóveda abierta– vuela ahora en el ciclón nocturno.

El cuello del dragón empieza a emerger, ya nada lo rodea. Jiro Horikoshi no ha podido soportarlo y está atrapado entre la ventisca y el miedo, grita dirigiéndose a la bestia: «¡Yo te he creado! ¡Soy yo quien te trajo a esta vida!», sin embargo el cuello no cesa de crecer y de cortar el cielo, las patas pisan los cimientos de la casa derruida, gruesos muslos escamosos, zarpas negras con forma de guadaña, clavándose en la tierra y en dirección hacia Jiro Horikoshi. Cuando, de pronto, un brazo del dragón lo inmoviliza con su gran sombra negra, que va cubriendo su cuerpo hasta hacer de Jiro Horikoshi un pequeño animal. El dragón aprieta los temblores del hombre y se alza en vuelo:

Desde el cielo –piensa aterrado Jiro Horikoshi– todo se ve tan hondo...

## **El hombre solitario**

Cada mañana, el hombre solitario se levanta y se mira en el espejo, y piensa que, en algún lugar, en algún tiempo, existe una mujer solitaria que se incorpora y se refleja, y que sueña con él imaginándola que lo imagina, en otra parte, y en momentos opuestos.

## **Sobre la necesidad de un buen gobierno de las manos (del manuscrito de Y.P. Mei)**

El grande Motsé dijo una vez: «Para llevar a cabo cualquier cosa, uno debe tener normas. Nadie ha hecho nada sin ellas. Los caballeros que cumplen con sus deberes, como los generales o los consejeros, tienen sus normas. Los artesanos hacen objetos cuadrados de acuerdo al cuadrado, objetos circulares de acuerdo con los compases, trazan líneas rectas con la regla del carpintero y encuentran la perpendicular con el péndulo. Todos los artesanos, hábiles o inhábiles, emplean estas normas. Únicamente los artesanos hábiles son exactos, pero consiguen mejores resultados siguiendo estas normas que si no lo hicieran. Es por eso que todos los artesanos siguen las normas en su trabajo.»

Ahora bien, el gobierno de las manos no observa las normas correspondientes. Esto muestra que los gobernantes de las manos son menos inteligentes que los artesanos. ¿Qué debería entonces tomarse como norma para un buen gobierno de las manos?

¿Qué sucedería si todos imitaran a sus padres? Existen numerosos padres en el mundo, pero pocos son

magnánimos. El imitar a los pocos magnánimos no puede significar seguir la norma adecuada.

¿Qué sucedería si todos imitaran a sus maestros? Existen numerosos maestros en el mundo, pero pocos son magnánimos. Si todo el mundo imitara a sus maestros, imitaría a los pocos magnánimos. Imitar a los pocos magnánimos no puede significar seguir la norma adecuada.

¿Qué sucedería si todo el mundo imitara a los gobernantes de las manos? Hay muchos gobernantes de manos en el mundo, pero pocos son magnánimos. Si todos imitaran a los gobernantes de las manos, imitarían a los pocos magnánimos. Imitar a los pocos magnánimos no puede significar seguir la norma adecuada. Por lo tanto, ni los padres, ni los maestros ni los gobernantes de manos pueden aceptarse como normas para el buen gobierno de las manos.

¿Qué debe entonces tomarse como norma para un buen gobierno de las manos? Lo cierto es que no hay nada mejor que seguir a la Mano. La Mano incluye todo y es imparcial en sus actividades, abundante e incesante en sus bendiciones, y perdurable e incansable en su guía (no en vano siempre señalamos al prójimo con la Mano, y el camino). Y así, cuando los reyes sabios aceptaban a la Mano como norma, medían cada acción y empresa por la Mano. Lo

que la Mano deseaba era llevado a cabo por ellos, y se abstenían de hacer lo que la Mano abominaba.

Ahora bien, ¿qué es lo que la Mano desea, y qué es lo que abomina? Sin duda la Mano desea que los hombres se beneficien y se amen los unos a los otros, y abomina que se odien y se hieran entre sí. ¿Cómo sabemos que la Mano desea que los hombres se amen y se beneficien y abomina que odien y hieran? Porque ama y beneficia al hombre universalmente. ¿Cómo sabemos que ama y beneficia al hombre universalmente? Porque reclama y acepta las ofrendas de todos. Todos los Estados del mundo, grandes o pequeños, son ciudades de la Mano, y todas las personas, jóvenes o ancianas, honorables o humildes, son ciudadanos: porque todos hacen pacer a los dedos, muerden las uñas, y limpian con recogimiento sus cutículas. ¿No significa esto que la Mano reclama y acepta los sacrificios de todos? Y reclamando y aceptando la Mano los sacrificios de todos, ¿cómo podemos decir que no desea que los hombres se amen y se beneficien entre sí? He aquí por qué aquellos que aman y benefician a los otros recibirán la bendición de la Mano. Los que odian o hieren a los demás recibirán la maldición de la Mano, porque se ha dicho que aquel que mata a un inocente será visitado por la desgracia. ¿En qué otra forma podemos entonces explicar el hecho de que los hombres que se matan



los unos a los otros son maldecidos por la Mano? Es por eso que tenemos la certeza de que la Mano desea que los hombres se amen y se beneficien entre sí, y abomina de aquellos que se odian y se hieren. Por lo tanto, cuando medites sobre el buen gobierno de las manos, piensa tan solo en Ella.

### CÓMO LOS PIES SOBREVIVIERON A LA ESPADA

Un cierto hombre que no sabía danzar, muy desolado, se encontró un día con la Mano en el país del Este. La Mano le miró y le preguntó: «¿Es verdad que eres feliz cuando tus hermanos bailan en las fiestas y que lloras cuando tus pies se confunden entre sí?» «Es verdad», dijo el hombre. «Y por esa pena busco un viajante que se apiade de mí y me corte los pies que tanto me ridiculizan.» Dijo entonces la Mano: «Si lo que deseas es tropezar como un hombre enfermo, yo conozco miles de diestros que, con gentileza y no con fuerza, te cortarían los pies. Pero si en verdad quieres danzar como tus hermanos danzan, lo que debes hacer es oír.» En seguida el hombre se sentó y le rogó a la Mano que no callara. Así la Mano se convirtió en armonía, y el hombre que no danzaba finalmente aprendió a danzar.

## **Mi novia tiene pies grandes**

...y todo el mundo la observa. Mi novia tiene pies de coloso, no de piedra, blandos pero levemente gigantescos. Su cuerpo es un cuerpo promedio, un metro y sesenta y cinco centímetros, sin embargo sus pies son grandes y planos, parecen aletas: son del tamaño de mis brazos.

Mi novia se llama Fannie, pero los pillos que se dicen mis amigos le pusieron Rannie, por eso de las aletas. La confunden con un batracio. Salvo por sus pies anfibios, no hay razón para compararla con las ranas. Fannie es preciosa, sabe cantar y narrar historias. Es muy buena con los niños.

Siempre me preguntan dónde la conocí. ¿En el zoológico? ¿En algún laboratorio? Y yo respondo con un rotundo nóóóóóóóóóóó. No fue en el zoológico. Mi novia no es una bestia importada. Tampoco en un laboratorio. Mi novia no es un experimento. Fannie y yo nos conocimos en una bodega del centro de la ciudad. Yo iba en busca de cigarrillos y ella en busca de aceite. Cuando hacíamos la cola para pagar por los abarrotos, Fannie me preguntó: qué hora es, y con la ligereza que me caracteriza contesté: son las pies y cuarto. Me puse colorado, quise cavar un hoyo y esconder

mi cabeza. Pero a ella le hizo gracia. Dijo que le avisara cuando dieran las pies y media.

Dos semanas después nos hicimos novios. Yo estaba hecho un manojito de nervios. Me había declarado ante muchachas con pies normales pero jamás ante alguien como Fannie. ¿Cómo explicarle que me gustaban sus pies sin que pensara que era un pervertido o desalmado? Fannie ya me había contado acerca de aquel novio suyo que alguna vez intentó venderla a un cirquero. No quería que me tomara por sinvergüenza ni aprovechado así que le dije que me gustaban sus manos. Ella luego preguntó por sus pies: ¿y no te gustan mis pies? Por un segundo no supe qué responderle, tuve que flaquear: sí, Fannie, adoro tus pies, pero te juro que no pienso lucrar con ellos. Y Fannie me creyó. Y nos besamos por primera vez.

En casa siempre la vieron con malos ojos, sobre todo Mamá. Mamá quería otra muchacha para su hijo pequeño: debe ser alta, con una nariz elegante, respingada, cabello rubio como las estrellas de antaño, millonaria. Yo nunca estuve de acuerdo, pero hice caso para evitarme reprimendas. El día que tuve que salir al mundo y buscar una pareja traté de hallar una nariz elegante, respingada, rubia y pudiente, así como la deseaba Mamá, pero solo encontré brujas malgeniadas y pobres, hasta el día que Fannie y yo

llegamos a nuestra intersección en aquella bodega del centro. Se puede decir que fue un amor a pie. Y a Mamá tuvimos que dejarla atrás.

Ahora vivimos juntos en un apartamento alquilado. Pensamos contraer matrimonio el año entrante y tener por lo menos tres hijos: una niña y dos varones. La niña se llamará Yamila y le diremos Yamilé, los niños: Gustavo y Gonzalo (sospechamos que serán mellizos, ambos tuvimos el mismo sueño). Fannie les cantará por las mañanas y por las noches les relatará historias de lámparas maravillosas, piratas y soldados de plomo. Yo prepararé el desayuno todos los domingos y con mis ahorros compraré una camioneta para irnos de paseo a la campiña. Seremos una familia feliz. Y el mundo entero podrá admirar nuestros pies grandes.

## Un jinete sin cabeza

El proyector emite sus primeros bisbiseos,

la cinta rueda, y apenas rueda, el filo de la navaja corta la epidermis de tu cuello; mientras tanto, en exteriores, bate sus alas una mariposa –*Acherontia atropos* es su nombre científico– por el firmamento que cubre el circo romano [berrea el gentío en las graderías, pero no se le escucha]. Cientos de años en vanguardia Gladius se conmueve, sabe que ha llegado la escena culminante, alza sus brazos y [en la pantalla: de pie en la misma recta, abres la boca para que escape un ejército de hormigas] un automóvil se aproxima a dieciséis cuadros por segundo, a dieciséis cuadros por segundo un automóvil te embiste. Entonces, dices y repites: ¡por fin, la ansiada primavera! ¡las buganvillas en mi jardín! –dices y repites– ¡por fin, la ansiada primavera! ¡las buganvillas en mi jardín! –pero no se te escucha, no te oímos, cuando observamos de pronto una nube desplazándose sin apuro; nos percatamos de que la luna está repleta, que la proyección concluye con letras albas; la cinta

deja de rodar, y apenas deja de rodar, tu cabeza golpea el  
piso, trepas a tu caballo, escapas del cuadro, jinete,

no te vemos más.

## Ménage à trois

Wenceslao, ese pene pequeñito que tartamudea entre tus piernas siempre me dice cuando está borracho: so so soy ca capazzzz de foooornicacarttte. Y yo le contesto: sí, papito, todo lo que tú quieras y más. Y tu pene pequeñito (me he encariñado tanto con él que ahora le llamo Pitufo Fortachón), y Pitufo Fortachón sonrío y salta emocionado porque soy la única mujer que le ha dicho esas cosas que ruborizan: Tututú me me memé guguuusstas mucho.

La semana pasada vimos una película para niños. No, Wenceslao, no era una de dibujos animados, era con personas de carne y hueso (¿acaso hay personas de queso y piedra?), actuaba ese hombrecito tan simpático, Rick Moranis. Rick Moranis, sí, ese que tiene cara de tonto y suele hacer papeles de tonto; sí, el mismo, el de *Los Cazafantasmas*. Sí, sí, usa anteojos y seguro que allá en su barrio de origen lo insultaban todo el santo día y le decían que era medio *nerdy*. Ya sabes cómo son esos gringos cuando quieren ofender a alguien. Bueno, pero siguiendo con lo de la película, vimos *Querida, encogí a los niños*, y yo estaba muy entretenida viendo a esos niños empequeñecidos, corriendo de acá para allá, tan bellos, ¿no?,

luchando contra hormiguitas y montando abejas. Pero a Pitufo Fortachón no le gustó la película, decía que no era muy cómica (creo que en eso sí está en lo cierto, hoy en día las comedias parecen tragedias), y a pesar de que yo le daba besitos y le hacía caricias, Pitufo Fortachón no me miraba. Ay, Wenceslao, no pude dormir esa noche.

Pero la primera vez que lo vi en cueros yo sentí tantas cosas por mi pitufito. ¿Te acuerdas, Wenceslao? Era tarde y estábamos en el cine. Yo no te conocía. La función ya había terminado y todos los espectadores salíamos de la sala (creo que era la sala 8 y la película... no sé, pero era una de esas con Michael Keaton); mi amiga Gabriela, Gaby, estaba conmigo y a mí me dieron ganas de ir al baño (había tomado una coca-cola enorme) y ella me dijo: voy por el auto, te espero afuera. Y yo: no me tardo ni cinco minutos, Gaby. Entonces me metí en el baño y estuve haciendo mis cositas tranquilamente hasta que escuché pasos y después una voz, era tu voz, Wenceslao, que querías violarme y que saliera desnuda porque si no lo hacía me liquidabas ahí mismo, con tu pistola, que de una vez. Y yo pensando (todo esto en centésimas de segundo, como en las olimpiadas) si gritar o no gritar, porque tú sabes, Wenceslao: un violador es un violador. Decidí que sí, que debía pedir auxilio, y cuando estaba a punto de alzar la voz, de pronto, de la nada, escuché



un llantito, sí, sí, era mi Pitufo Fortachón que lloraba porque tú ya me habías desvestido y arrancado el *brassiere* y le daba pena que mis senos fuesen tan imponentes y que él fuera tan rezagadito, y se puso a llorar así de súbito, cuando te alistabas a penetrarme: era un paño de lágrimas y yo lo abracé porque me dio lástima verlo tan agobiado.

Mi pitufito nunca deja de tartamudear, Wenceslao, y cómo hay que rogarle para que se acueste con nosotros cuando queremos hacer el amor. Tú sabes que a veces me pide que me busque otro pene, dice que mis senos son muy carnosos para él y todo ese rollo melodramático. Pero yo siempre le explico que no, que él puede violarme y más, le doy de beber de la botella de Smirnoff y permito que me llame mujerzuela y barata, que me dé un par de correazos y jale mis pelos hasta cansarse. Y lo aliento gritando, Wenceslao: No eres poca cosa, papito. No eres poca cosa...

## Vista al vacío

Un ángulo prodigioso me permitía rozarlo con la mirada y hacerlo pieza cardinal de mi vida. Yo lo observaba con mis prismáticos desde el balcón. Solamente una barrera de aire, setenta metros de oxígeno y nitrógeno, nos apartaban del placer carnal. Lo miraba por las mañanas, cuando se dirigía desnudo al cuarto de baño. Imaginaba su cuerpo impregnado de agua, mojado de los pies a la cabeza. No lo podía ver en el acto por culpa de una muralla de cemento y ladrillos, pero con los ojos abiertos lo soñaba lavándose entero. Me veía con él en la ducha, besando su película cobriza hasta que el agua se helaba y nuestro cuero se convertía en un pergamino jadeante. Lo observaba cuando el sol se ocultaba, regresando de la calle e indagando si tenía algún mensaje grabado, viendo televisión, cocinando. Por las noches siempre hacía el amor. Lunes y miércoles los consagraba a la trigueña; martes y jueves a la pelirroja. El viernes estaba dispuesto para las conquistas pasajeras, sin preguntas ni compromisos, solamente sudor y el más puro cinismo. Los sábados o domingos, dependiendo de su estado de ánimo, fotografiaba a una pareja de lesbianas acariciándose las piernas, y si no, sencillamente se tendía en el sofá. Y yo lo espiaba desde mi

balcón, hermanada a los prismáticos. Hasta que una mañana neblinosa lo vi contestar el teléfono y acalorarse, colgar el auricular con agobio. No pude sujetar el llanto en el momento que cerró las persianas. Pero luego, cuando adiviné que ya no retornaría a casa, empecé la crianza del cuervo que finalmente me picoteó los ojos.

## Las idas de Andrea

Andrea partirá hacia Nueva Delhi esta misma noche. Acabo de despedirme de ella en la puerta de la sala de embarque. Su pasaje es solo de ida y en primera clase, un asiento al lado de la ventana. Si lo desea –estoy seguro de que no se perderá la oportunidad de hacerlo– Andrea podrá disfrutar de la imponente vista de las aguas septentrionales. Yo sé cuánto se deleita mirando a través de las ventanillas de los aviones. Cuando regresó de la luna de miel, Andrea me comentó que no despegó los ojos de aquel cuadrilátero transparente ni por un segundo, ni siquiera para recibir la bandeja de comida de parte de la azafata. Hizo lo mismo cuando se desplazó a Lisboa, a Johannesburgo, a Québec... A Andrea le encanta viajar por vía aérea y yo la he complacido innumerables veces. En esta oportunidad quiso ir a la India y, como de costumbre, llamé a mi agente de viajes para separarle un boleto.

Yo nunca he puesto en tela de juicio las inclinaciones de mi esposa. Cada quien tiene su forma de defenderse del tedio, de escapar de la rutina. Pasatiempos hay por montones y esta extravagancia de Andrea no tiene por qué

parecerme eso que dije hace un rato: una extravagancia. A Andrea le deleita viajar sin su marido, y punto. Siempre regresa a casa luego de unas cuantas semanas, pletórica, resplandeciente, con algún recuerdo en la bolsa de mano. Mis amigos más cercanos me ofenden continuamente y especulan que ella tal vez tiene amantes briosos en otras latitudes, pero se equivocan, esa no es Andrea. A mi mujer tan solo le fascina viajar, observar el cielo con detenimiento, el mar, las cumbres cubiertas de nieve. Ella sería incapaz de irse de vacaciones con otro hombre, sencillamente porque su obsesión es distinta, algo que escapa a la infidelidad, al juego artero entre cónyuges. Yo la entiendo plenamente. Un ser humano tiene el derecho de apartarse del resto de personas de cuando en cuando y desinhibirse. Yo, por ejemplo, soy un filatelista y me encierro en el estudio todos los jueves por la tarde junto con mi lupa.

Definitivamente, ella no es una inmoral como me sugieren. Andrea solo planea viajes de dos o tres semanas y se sienta al lado de un cuadrilátero transparente cuando ingresa a la cabina de pasajeros. Eso me lo ha jurado y yo le creo. Aun cuando nunca haya viajado con ella. Aun cuando mis amigos y familiares intenten convencerme de alguna infame conspiración en mi contra, de la presencia de una pantera con las zarpas bien afiladas. Yo siempre me he

convencido de que Andrea no es más que un alma viajera que disfruta dando vueltas alrededor del globo, pues ni sus ojos alegres, ni las atrevidas comisuras de sus labios después del beso de despedida, me hacen temer sombras a mi alrededor.

Fin del fragmento de *Miscelánea o el libro geminiano*